

MOISES VINCENZI
Director del Instituto de Alajuela

SEMINARIO DE INVESTIGACIONES CENTROAMERICANAS
Epto. de Historia y Geografía
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Enseñanza de la Moral en la Escuela Activa

LECCIONES DE MORAL DESTINADAS
A LAS ESCUELAS DE COSTA RICA

- 1.—*La Moral del niño.*
- 2.—*La Moral femenina.*
- 3.—*Prácticas Morales en el comportamiento general del hombre.*

EDITORIAL
SOLEY Y VALVERDE
SAN JOSÉ, C. R.
1941

LECTURAS DEDICADAS AL
LIC. DON LUIS DEMETRIO TINOCO

Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública; al venturoso fundador de la Universidad de Costa Rica, que se inaugura hoy, en provecho y rendimiento de la República.

« Las dedica el autor en forma de cooperación al desarrollo moral que el Sr. Secretario intenta desenvolver ampliamente, en las Escuelas Primarias, los Colegios de Segunda Enseñanza y las aulas de la Universidad, con el seguro propósito de ser útiles en el aspecto más alto de la vida: el de la disciplina moral.

Atentamente,

MOISÉS VINCENZI

San José, 7 de Marzo de 1941.

PROLOGO



LA queja más acentuada contra la escuela moderna de todos los países, es la de que las aulas no preparan al niño y al joven con fines de carácter moral. Se afirma, en cambio, que sólo se intenta instruirlos de modo mecánico, sin adiestrar siquiera el raciocinio de los escolares. Parece que nuestra pedagogía no sabe distinguir la diferencia profunda que existe entre la simple instrucción y la cultura espiritual del hombre.

No falta quien asegure, por otro lado, que las hecatombes guerreras de la actualidad se deben al abandono que los maestros han hecho del cultivo ético de las generaciones escolares. En nuestro concepto—y hablamos después de veinticinco años de ejercicios pedagógicos, en diversos colegios y países—la responsabilidad del materialismo en que vive el hombre moderno, la comparte con otros tipos de escuela vital, esta desmañada pedagogía que ha subvertido los valores internos de la humanidad colocando la conducta debajo del simple conocimiento mecánico de las cosas.

¿En qué programa de cualquier escuela o colegio, se contempla, con la requerida atención, el aprendizaje de la conducta?

Se ha dejado al azar la transmisión de conocimientos morales. Los maestros y los profesores no hacen más que dar consejos desorganizados, sin plan alguno, sin un sostenido entusiasmo, a aquellos niños o jóvenes que manifiestan taras peligrosas. Se olvida que no todos los hogares están en aptitud de enseñar a vivir a sus hijos dentro de la bondad de las doctrinas cristianas. Por esto, los escolares no saben, después de seis o diez años de frecuentar las aulas, los más precarios elementos de la cortesía, del buen tono y mucho menos de la bondad bien cimentada.

Entre cien textos escolares, apenas hay unos diez que reproduzcan páginas de carácter moral tratando de mejorar el alma de las generaciones.

¿No es, por ello, profundamente exigible a los directores de la pedagogía, que traten de organizar, por todos los medios posibles, una deficiencia tan grave como esta?

Pretendemos, después de examinar el asunto con seriedad y con amor, aprovechar este momento de la inauguración de la Universidad Nacional de Costa Rica, para denunciar este grave conflicto de nuestra cultura. Y al mismo tiempo, con el fin de dar principio a la tarea renovadora que la Secretaría del Ramo ha emprendido, ofreciendo a todos los maestros y profesores del país, estas pá-

ginas con el ánimo de que se difundan en todas las aulas, las enseñanzas que el niño costarricense demanda de sus mayores.

La obra sigue este plan de desarrollo: 1º, La Moral del Niño; 2º, La Moral femenina; y 3º, Prácticas Morales en el comportamiento general del hombre. Queda en esta forma, contemplado el panorama completo de la ética educacional, según el procedimiento lógico aconsejado en la Escuela Activa, para los centros de interés.

Estamos seguros de que el libro llenará una necesidad evidente de nuestra cultura. Y sólo por tal motivo, lo publicamos, con el más profundo deseo de que preste en las aulas los servicios a que está destinado. Contamos, de antemano, con la aprobación del actual Secretario del Ramo, que celebra, en este siete de marzo inolvidable, la creación de la Universidad Nacional de Costa Rica.

Moisés Vincenzi

La Moral del Niño
(Guía espiritual del niño)

Por

MOISES VINCENZI

AQUI SE DEMUESTRA QUE INSTRUIRSE ES COSA BUENA; PERO EDUCARSE, EXCELENTE

Acércate un instante, niño, a mi escritorio; y conversemos de algo que interesa a tu vida, a tu hogar, a tu país y a todos los hombres. Vas a la escuela; pero, ¿qué propósito principal te conduce a las aulas? ¿Acaso el de aprender el modo de escribir una palabra o el nombre de la capital del Brasil? ¿O te muestras enteramente satisfecho con saber sumar, restar, multiplicar y dividir? Sé que el **pulpero** de la esquina no podrá engañarte si sabes aritmética; la escuela te la ha enseñado para eso: para que aprendas a manejar las monedas, a contar los objetos que obtienes con ellas. En ese sentido, el servicio que te dan las aulas es bueno; y, si quieres, muy bueno. Pero, ¿es bastante que el hombre sepa defenderse de los vendedores de cebollas y naranjas para alcanzar un conocimiento superior de la vida?

Escucha con atención, niño: hay algo mucho mejor que aprender a dibujar en las aulas; o a confeccionar un vestido; o a conjugar un verbo; o a extraer la raíz cuadrada de un número. En otras palabras: esa instrucción es útil para manejarse entre los hombres y no ser engañado por ellos. Más no te da lo más bello que hay en el alma: **la educación de los sentimientos, de la conducta**, que es el móvil de la bondad; el escudo contra las bajas tentaciones; la fuerza que nos aparta de la cárcel, de los vicios, de las malas costumbres; el consejo que nos alienta en el dolor y nos pone freno en la dicha; que nos hace valientes en la derrota y hidalgos y generosos en la victoria. Ya ves, niño, cuánto más importante es educarse que instruirse; saber manejarse bondadosamente entre los hombres, que hacerse un sabio

en geografía o en matemáticas. No obstante, mucha gente ignora esa diferencia y por ello el mundo anda mal, de disputa en disputa; de odio en odio; de guerra en guerra.

Los hombres saben hacer muchas cosas: aeroplanos, barcos gigantescos, edificios inmensos, ferrocarriles, puentes... No saben, sin embargo, vivir en paz; respetar las ideas y sentimientos ajenos; proteger a los desvalidos; ayudar a los pobres; abandonar sus vicios; cuidar con esmero sus virtudes. Su instrucción es superior a su bondad. Y no son los transatlánticos, los automóviles y los zepelines, con sus comodidades innumerables, los motivos verdaderos de la dicha: con frecuencia se transforman en máquinas de exterminio, en aterradoras fábricas de cadáveres.

La educación de los sentimientos, de la conducta, en cambio, puede hacer felices a los hombres en una isla desierta, al calor de una hoguera distante. Es muy útil distinguir tales diferencias.

El niño que las ignora puede llegar a ser un sabio: un carpintero magnífico; un abogado de renombre; un diestro manejador de objetos; un ingeniero famoso. Y a pesar de tanto buen éxito, ser un mal ciudadano, un ladrón, un envidioso o un calumniador, un hombre cruel con los animales y con el prójimo.

Quien llega a semejante sabiduría es, en el fondo, un ignorante, porque desconoce el sentido final de la vida: el de ser bueno sobre toda otra preocupación humana, aún con el sacrificio mismo de la comodidad, del placer, del esplendor y de la alegría material de la carne.

Escúchame, buen niño: aprende todas las ciencias, si alcanzas a tanto; pero no cambies, por ninguna ventaja del mundo, la rectitud de tus actos. No olvides, pues, que instruirse es bueno; mas educarse, una cosa excelente que debe preocupar siempre a tus padres, a tus maestros y, sobre todo, a ti mismo.

DONDE SE VE QUE EL CANSANCIO DEL PECADO ES EL PRINCIPIO DE LA VIRTUD

Ya me has escuchado, amigo mío; estoy seguro de que prefieres educarte a instruirte; ser un hombre bueno antes que todo; dedicar tus fuerzas enteras, minuto a minuto, al cultivo de tus buenos sentimientos, al mejoramiento continuo de tu conducta. No querrás ser un ignorante; pero menos aún, un hombre malo.

Ahora veamos algunos caminos que conducen a la virtud. No es fácil como podría suponerse a simple vista, ir a ella por cualquier sendero. Hay muchos tropiezos y es necesario aguzar nuestra inteligencia para reconocerlos con entera amplitud. No en vano se ha dicho que para ser bueno hay que meditar más que para dejar de serlo. Es que no se alcanza la bondad sin esfuerzo, sin meditación, sin **un poderoso deseo** de adquirirla a fuerza de ejercicios ininterrumpidos de la voluntad. Sin educar a esta última es engañoso el intento de mejorar. Niño, no lo olvides: **no llega a ser bueno quien no se ha esforzado por dominar la bestia que todos llevamos dentro.**

Esa bestia está llena de malos instintos, de apetitos desenfrenados. Muchas veces, cuando alguien cree que la ha dominado, revienta las amarras y aparece más fuerte que nunca: es una bestia que no duerme. Sin embargo, a veces llega a cansarse; y nosotros, que estamos atentos, nos precipitamos entonces sobre ella y aprovechamos su cansancio para sacar de él un principio victorioso de la virtud. Un ejemplo: nuestra bestia goza con el chisme y le hemos dado, durante varios años, el goce malévolo de hacerlo. Pero como los chismes traen dificultades innumerables que nos

llenar de justa congoja, llegamos un día a cansarnos de ser chismosos; a comprender que el silencio mataría tanta dificultad. Ese cansancio es, por sí mismo, el principio de la virtud, porque hace nacer en nosotros el deseo generoso de ser discretos. La comprensión de la desgracia que supone hablar demasiado, es flor que nace del limo; y que debemos alimentarla precisamente de ese limo; de la amarga experiencia que nos ha hecho comprender, aunque sea tan sólo por un instante, el miserable papel que hace en sociedad la lengua irreflexiva del chismoso. Es indudable que el cansancio de las cosas malas trae el nacimiento inmediato de las buenas. Es magnífico saberlo con el fin de aprovechar un cambio tan importante en nuestra conducta interior. También es posible que se produzca el fenómeno contrario; cuando esto ocurre nuestra alma se convierte en un campo de desolación y de muerte; el cansancio de la virtud es el principio del pecado. ¿No habéis visto a un hombre bueno cansado de serlo? Eres muy niño todavía. Por desgracia es un suceso que ocurre todos los días.

Un empleado de banco permanece veinte años siendo honrado; al cabo de tal lapso, se llega a saber que hizo un robo. La honradez de ese hombre llegó al cansancio. ¿Qué nació de tantos años de virtud? La deshonra: la cárcel o el suicidio. ¡Pobre virtud cansada, amigo mío! No tuvo fuerzas para llegar al fin; las tentaciones del mundo le tendieron, veinte años después, la red. ¡Y él cayó en ella!

Por eso, niño, debes comprender que las virtudes no se sostienen sin alimento diario de meditación; sin la voluntad de levantarlas día a día sobre las tentaciones, sobre las necesidades materiales, sobre la tristeza y el dolor del mundo.

No olvides, por tanto, aquel nuevo precepto que esculpiera una tarde en tu alma, entre la indiferencia de los que leen y no estudian, este amigo tuyo que te habla en la sombra:

Cuida tus virtudes como a un rebaño que acechan millares de lobos con hambre.

Y no llegues nunca a cansarte de ser bueno por más que las tentaciones del lujo, de la molicie, de los placeres ordinarios, cerquen tu alma. Amurállala con grandes piedras para que tu conciencia viva en paz. Y no dejes de meditar nunca, con espanto, en la tristeza de ser malo.



CÓMO ALGUNOS HOMBRES AMAN SUS DEFECTOS Y SUS VICIOS DEL MODO QUE OTROS AMARIAN SUS VIRTUDES

Llegar a ser bueno es un arte difícil. Antes de conseguirlo debemos conocernos, en lo posible, a nosotros mismos; debemos vigilar, no sólo nuestros actos externos: también los pensamientos íntimos, las pasiones y los actos de voluntad íntimos. En tal estudio, amigo mío, el hombre llega a sorprenderse frente a la multitud de malas tendencias que trabajan por perdernos. Un fenómeno interior muy corriente basta para ilustrar ese raro caso de alta traición que en muchas oportunidades nos hace nuestra propia alma. Veámoslo.

Adquirimos un vicio o una mala costumbre cualquiera, con objeto de halagar bajos apetitos de la carne. Tomamos una copa de licor por gusto carnal, aunque sabemos que el alcohol es un peligro para la salud y la moral del hombre. Con varias copas somos ya unos ebrios. Cuando el amigo sensato nos advierte que vamos cayendo en el peligro, empezamos a sentir repulsión por ese amigo; y que nuestro espíritu sabe encontrar excusas muy sutiles en su deseo ciego de defender el vicio adquirido.

Es bueno tomar licor, nos dice el demonio subjetivo, porque el hombre tiene derecho a alegrarse; porque nos hace olvidar las penas cotidianas; porque, en fin, no somos santos.

Esos argumentos, por débiles, que sean, toman una fuerza enorme en quien empieza a halagar sus sentidos con las copas. Las razones más grandes no son capaces de vencerlos. Y cuando el vicio tiene profundas raíces, el ebrio

sería capaz de defenderlo contra las más poderosas consecuencias malsanas de la ebriedad.

Así viven los vicios más horribles en el corazón de los hombres: defendiéndose con extraños razonamientos, con profundas mentiras, con las más torcidas ideas. Niño, ponte en guardia contra ti mismo: la mentira de afuera, el engaño de la otra gente, no son más peligrosos que esa traición de nuestro propio yo. Por ello obsérvate cuidadosamente; vigílate. Y sobre todo, avergüénzate cuando te sorprendas defendiendo tus malas acciones o excusándolas con torcidas ideas. Ya ves, amigo, como alcanzar la rectitud es cosa difícil; y, precisamente por eso, hasta qué punto es honroso alcanzarla.

PÁGINA EN DONDE SE ESTUDIA EN QUÉ MOMENTO UNA VIRTUD PASA A SER UN VICIO

Ya hemos visto, amiguito, en un solo ejemplo, las sutilezas que emplea nuestro demonio interior para defender los propios vicios. De esa suerte, la viga en el ojo personal es un cabello, por más que el hilo de seda en las pestañas ajenas se nos antoja un tronco de árbol. Así somos de injustos, cuando carecemos de la verdadera cultura, con el prójimo y con nosotros mismos, según lo expresan los Evangelios. Ahora estudiemos otro extraño fenómeno: el hombre que ha llegado, después de muchas meditaciones, a la rectitud de carácter, no sabe, en todas las oportunidades, sus peligros. Conocí a una de estas personas rectas. No soportaba nunca un retraso en nada; una mentira; una equivocación de sus subalternos. Y a tal extremo, que odió todo cuanto tenía la simple apariencia de injusto. Un día llegó tarde a su puesto una empleada: el hombre recto la reprendió severamente. Ella, que le tenía pánico a su jefe, se echó a llorar. Poco después se supo que la pobre joven faltó a su deber porque había tenido un duelo en su casa. El hombre recto presentó sus excusas a la ofendida, pero no pudo recoger las lágrimas vertidas a causa de su violencia. Como se vé, es un hecho casi infantil. Sin embargo, este hombre a medida que perfeccionaba, a su modo, la rectitud de su carácter, cometía más errores con ella. Poco a poco lo bueno puede irse transformando, sin que lo sintamos, en lo malo; y es más: en lo pésimo. La rectitud es fuerza interior: no rudeza de palabras y de hechos. Es energía para cumplir y hacer cumplir los sanos preceptos: no la torpe inflexibilidad para comprender las almas aje-

nas, los temperamentos ajenos, los dolores ajenos. No obstante, con suma frecuencia queremos aprender a ser rectos, severos por amor a la justicia, y nos transformamos, sin pretenderlo, en personas mal educadas. Niño: ahora, comprendes una verdad: la virtud misma tiene sus normas, sus límites, el freno que la detiene en los senderos para que no caiga desengañada y rota en los peñascos de la orilla. Apréndela, niño, y recuérdala cada vez que abras la mano para pulir una virtud con los dedos. Y no olvides que toda virtud es hierro rebelde que no se pule al acaso.



DE CÓMO EXISTEN UNA BONDAD Y UNA MALDAD APARENTES; Y EL MODO DE RECONOCERLAS POR LA FALTA DE RESISTENCIA QUE LAS DISTINGUE EN TODA ACCION SOSTENIDA

El preceptista ha dicho: "No estés satisfecho de virtudes que no hayas probado en la lucha cotidiana". Excelente consejo. Los hombres, amigo mío, podemos tener virtudes teóricas y nada más que teóricas. En este caso son imperfectas, porque sólo la práctica tiene el don de darles plenitud: los impulsos de la voluntad las pone de manifiesto, por entero, en la vida.

Por eso hay multitud de predicadores; y muy pocas personas realmente virtuosas en la práctica; y por ello todos los hombres tenemos la desgracia de imitar—en muchas ocasiones sin sospecharlo siquiera,—al diablo predicador. Es que somos demasiado imperfectos, demasiado débiles, demasiado pequeños. Y la obra moral, demasiado ardua, en cambio; está llena de restricciones, de esfuerzos heroicos y de sacrificios. Se reconoce al punto, porque el héroe moral es el más grande de todos, el más digno de loa; el que más apasiona y arrebatata los ánimos.

La virtud teórica es motivo de exaltación de parte de los mismos bandidos; tan fácil es ser bueno de pensamiento y de palabra. Recordemos al moralista francés que atribuía a los grandes defectos de los pecadores, la máscara de la bondad. Quiso decir que la picardía misma no lucha sin cubrirse de bellas y buenas apariencias. De esta manera, la sonrisa aparentemente amable de la hipocresía, por ejemplo, es un homenaje a la virtud. El autor de las máximas lo afirmó en palabras semejantes.

Observa, niño, que cuanto más ahondamos estos problemas, más se complica el análisis de la virtud. Y uno de los motivos que más lo embrollan es la diferencia que existe entre la teoría de la bondad y la práctica de sus preceptos. Podemos estar convencidos de que somos honrados; de que seríamos incapaces de cometer ciertas faltas. Sin embargo, este deseo bondadoso puede perecer en la realidad y entonces, con el asombro de nosotros mismos, nos sentimos, de la noche a la mañana, los pecadores más grandes. Así se explica el título de esta página: la bondad aparente es la que no ha pasado de los términos teóricos. La acción sostenida la derrumba de un soplo. El precepto, para ser útil, debe estar empapado de calor; de resoluciones definitivas y heroicas; de meditación continua y bien alimentada; de previsiones constantes. De otra suerte, la preceptiva moral no es más que moneda falsa; ridícula ansiedad de mejoramiento; un juego de necias ideas y de ilusos afanes.

Escucha, niño: ¿no recuerdas algunos casos en que un hombre haya caído ante el desprecio de los demás, a pesar de su buena fama y sus magníficos antecedentes? Sí: recuérdalo; en grande o en pequeña escala, es sencillo encontrar varios ejemplos de esta clase. Tú mismo has caído en el lazo: te has creído hombre valiente cuando tu valor no se ponía a prueba; a la hora del peligro, lejos de la protección del techo hogareño, ese peligro te ha hecho temblar de miedo. ¿No lo has sentido alguna vez? En la paz todos somos héroes; en la guerra, muy pocos dan un paso adelante, como el soldado de Alajuela.

Ahora bien: el hombre virtuoso toma el título de serlo porque ha tenido la fortuna de probar dos o tres virtudes; en otras, su debilidad puede ser tan notoria como su fortaleza en los hechos generosos que le han dado renombre, al menos en el barrio o en la ciudad en que vive. De esta dificultad de ser bueno en todo, nace el sentido de la tolerancia para las faltas ajenas.

No estés satisfecho, pues, de virtudes que no estén probadas; y trata de reconocer el rostro de la bondad aparente, tan maquillado de buenas intenciones y tan pobre de verdadera nobleza moral.

Creo que el análisis anterior te hará más meditativo, te aconsejo que lo seas con orden. Estudia en el Evangelio los pecados y las virtudes; y luego mira hacia adentro, en tu espíritu; y búscalas el rostro en tu corazón. Allí encontrarás a los primeros agazapados en la tiniebla interior, a las segundas, tal vez hundidas en la oscuridad, como siete columnas de mármol enterradas en la arena. Excávalas al punto, que los pecados soplan sobre el arenal para hundirlas cada vez más. Y a fe mía que lo conseguirán si te duermes en ti mismo. Levántate, niño; desperézate, que se hace tarde para vivir con nobleza. Pero el comentario está trunco. También se dijo en el título de la página que hay una maldad aparente. En efecto: a veces basta una pequeña circunstancia para revelarnos a un alto espíritu en un simple mendigo: debajo del harapo estaba ardiendo, desde mucho tiempo, la llama, el tesoro oculto de un alma meditativa. En teoría ese hombre no valía nada: la realidad, un instante de realidad, vino a descubrirlo. Los insensatos que ya lo tendrían juzgado por la apariencia, al reconocerlo han debido morder, con asombro, sus propias palabras.

Además, hay hombres que pasan por malos y que lo son en verdad, en algunos aspectos. Y, no obstante, son excepcionalmente buenos en otros. Conocí a un joven que vivió, por algún tiempo, bajo la protección de un tirano. Muy poca gente lo quiso. A pesar de esto era, para mí, un alma pura. Pasaba sus días meditando el modo de suavizar las crueldades del déspota; era un ángel que salía a la calle envuelto en un manto negro. Cuando pienso en su bondad se me llenan los ojos de lágrimas. Y ya lo ves, amigo mío: para algunos falsos apóstoles era nada más que un falsario y un déspota. Habría querido yo que este joven fuese más diestro en cuidar las apariencias. Porque, ¿sabes, niño, que es una obligación moral hacer un esfuerzo por parecer a los otros lo que uno es en el fondo? La bondad debe usar sus propios vestidos, sus propias apariencias; éstas le dan más nobleza, más lucidez, más realidad, a las imágenes de adentro; y un paso más ancho a las de afuera. Vestir la

bondad con trajes equívocos es una forma de ser hipócrita; equivale a llenar de barro las ánforas de oro; o a dar una apariencia de madera a las campanas de bronce; o a envolver en pieles de hiena a los tranquilos corderos de Arcadia.

DEL ALIMENTO DIARIO QUE SE DEBE A LA VIRTUD; Y DEL GOCE Y BENEFICIO QUE TRAE SU CORRIENTE APLICACION EN LA VIDA

Dice el preceptista: "Mantened a la sinceridad como al cuerpo: dándole alimento sano todos los días". Está bien, y muy bien este noble consejo. Mas, ¿por qué sólo se refiere a la sinceridad? ¿No necesitan, lo mismo que ella, todas las virtudes, de alimento cotidiano? Tú estarás de acuerdo, amiguito, en que nuestro escritor de preceptos debe ampliar su regla de modo que el espíritu de caridad, el de la tolerancia, el del honor, el de todas y cada una de las virtudes cristianas, no se queden fuera de la regla. Si esto no fuera así, ¿te imaginas un sentimiento piadoso olvidado en los rincones espirituales, muerto en ellos a falta de ejercicio, de ausencia de aplicación en la vida diaria del hombre? ¿De qué serviría semejante estorbo, semejante virtud muerta en el alma? No puede haber piedad sin el ejercicio vivo de la piedad. Este ejercicio de las virtudes es su alimento; la sangre que las hace crecer cada día con más fuerza. Practicarlas provoca un movimiento de meditación sobre ellas mismas; y las ideas nuevas de este proceso interior elevan la sensibilidad moral del hombre. El teórico del bien que deja perecer sus virtudes en un simple catálogo de ideas muertas, desconoce la gloria suprema de este alimento, de esta aplicación de la virtud a los menores detalles de la vida. Desconoce que en una simple mirada, en un sencillo ademán, en un saludo, en cualquier manifestación íntima de la vida, puede ejercitar, alimentándola ampliamente, una virtud. Niño, ¿crees difícil transmitir una alegría, esto es, una limosna espiritual, en un apretón efusivo de manos, a

una persona que sufre? ¿Y no es esto alimentar tu propia virtud con amor?

Cada una de las virtudes se alimenta de un modo diferente. El trabajo está en concretar el medio de alimentarlas a todas; en trazarse un camino de actividad capaz de mover tus rodajes íntimos en una ascensión, cada vez más pura, de belleza espiritual o de fuerza; de piedad o de heroísmo; de sacrificio o de simple gracia emotiva. Pero la quietud del ánimo muerta es de toda virtud, de toda sencilla o aparatosa teoría del bien. En el precepto escondido, quieto, desolado, muerto, no hay más que vanidad y miseria. Sólo existe la moral que se vive, la regla que se aplica, la ley que se corporiza en la conducta viva del hombre. Las ideas morales, sin la voluntad poderosa que las anime; y el sentimiento caluroso que las arrebate en entusiasmo, en empuje, en actividad creadora, son miserables tentativas de mejoramiento: no motores de la conducta. Y a pesar de todo ello, los hombres, con muy raras excepciones, no pasamos de este estado larvario de la moral; de la explicación circunstanciada de los principios y las máximas; no pasamos de prometer, de hablar, de defraudarnos a nosotros mismos con el proyecto vacío, con la idea huera de una virtud que no vivimos nunca. Niño, es bien triste confesarlo: parece que el hombre no le da mayor importancia al estudio de la bondad. Le importa más el puente de hierro, la locomotora que se hunde en el espacio, que su belleza interior, que su verdadera felicidad íntima.

Que no te pase lo mismo: alimenta, practicándolas, en grande o en pequeño espacio, tus virtudes. No te faltará, día a día, ocasión de hacerlo. Encontrarás, en el ejercicio de tal menester, una alegría incomparable: una dulzura cada vez más depurada, más segura, más neta. Alimenta de esta suerte, tus virtudes, si deseas conocer la única alegría que hay de vivir: la del bien; la de la conducta intachable de los caballeros de la verdad, y de la virtud hecha carne, de la belleza hecha luz y armonioso contorno.

**DE CÓMO LA VIRTUD MÁS POBRE ES LA QUE SE
VIVE A LA FUERZA; Y LA MÁS RICA, LA QUE
SE TIENE A DESPECHO DE TODO**

Has visto, niño, cuántas cosas sutiles se pueden meditar acerca de la virtud teórica y la virtud práctica. No obstante, apenas hemos tratado de muy pequeños ejemplos. Queda un mundo entero por examinar. Las diversas edades del hombre exigen nuevos aspectos al análisis de las almas. Con razón ha escrito el preceptista que nos sirve de guía: "Cada hombre es un continente: en sus montañas encontrarás, sobre un nido de animales venerosos, cantando a un ruiseñor." Ha querido decir el escritor que las almas no están hechas de una sola pieza; no son ni buenas ni malas por entero. Son, más bien, un campo de combate en que el pecado lucha a brazo partido contra la virtud. En el hombre bueno los ángeles han triunfado sobre los demonios: pero éstos últimos viven dentro de uno y se multiplican dentro de uno mismo, si la meditación y la voluntad los dejan triunfar. Y como hay diferentísimas clases de virtudes, algunas de ellas perecen en el combate; y sus escombros sirven de alimento a los vicios. Así, por ejemplo, para decirlo con la frase del título de esta página, "la virtud más pobre es la que se vive a la fuerza", bien porque estemos metidos en un convento; o vigilados de manera que el mal íntimo no tenga lugar de manifestarse en la conducta. Esa virtud puede conservarnos en estado de pureza aparente. Mas llega el día en que, libre de toda atadura, de toda vigilancia, queda devorada o, al menos maltrecha, por la bestia íntima. ¿Cuáles entre tus virtudes, amigo mío, están en ese caso? Piénsalo cuidadosamente: no sería raro que encontraras

más de una, impuesta por la autoridad paterna o por las circunstancias en que te mueves. Si logras localizarlas, estudialas con esmero; y empieza a vigorizarlas con ayuda de la convicción propia, que es la única fuerza capaz de salvarlas. Son virtudes postizas; palacetes de cristal que se deshacen en pedazos al impulso de una brisa leve; puentes imaginarios levantados sobre los precipicios interiores. Sobre ellos has de querer pasar un día: entonces sabrás qué triste cosa es tener el vacío a los pies. En cambio, hay hombres venturosos que alimentan una o más virtudes, a despecho de todo: de la desgracia que los persigue; de la envidia que los acecha a cada paso; de la calumnia que los busca para asesinarlos; de las tentaciones que los provocan; de la miseria que los llena de harapos; del dolor que los postra en el polvo. ¿No te causa admiración saber que hay hombres capaces de tanta virtud? Pues los hay, amigo mío. Acaso tú mismo, sin saberlo, te has apegado, de este modo, a una virtud. Si has sido capaz de ser sincero, generoso, leal, a despecho de un medio vulgar e inferior; si no dices malas palabras entre compañeros que te invitan con su ejemplo a la vulgaridad, eres un muchacho fuerte, capaz de dominarte a ti mismo. Podrás estar entre pillos y ser bueno siempre; entre ladrones y ser honrado; entre cobardes y ser valiente.

Esa clase de virtud, que se impone a pesar de todo, es la que levanta al hombre hasta las cumbres más destacadas. Por eso ha dicho, en el título de esta página, nuestro guía: "La virtud más rica es la que se tiene a despecho de todo". No olvides esa línea: es un anillo de hierro en que la voluntad humana ha incrustado un diamante.

**¿DICES FRASES HIRIENTES PARA LOS OTROS?
EL HECHO DE EXPRESARLAS TE HACE
DIGNO DE RECIBIRLAS**

Te he hablado, amiguito, de cuestiones generales; y en particular, de aquellas que tienen relación contigo mismo. Rompamos un poco el orden del programa y en este caso, llevemos el diálogo a asuntos concretos. El de este título señala una regla de conducta que hace mucho bien a la vida del hombre culto. Se trata de impedir que larguemos demasiado la lengua contra el prójimo. Y no sólo por virtud: por negocio, si eres tan pobre de alma que buscas en todo el beneficio personal de tu conducta. Ya sé que protestas de semejante suposición; y tienes perfecto derecho de hacerlo, porque en moral no caben los ojos enfermos del fenicio. Pero, la chanza tiene su razón de ser: si eres comedido de palabra, te evitas innumerables disgustos, porque toda frase hiriente siembra una reacción de odios, manifiestos u oscuros, que tarde o temprano rebotan contra su autor. No es mal negocio, por tanto, cuidar la lengua, puesto que guardándola en silencio se compra, a precio muy barato, la seguridad de su dueño. La amenaza del título lo está diciendo con toda claridad: el hombre que hiere a los otros se hace digno, por ese mismo hecho, de recibir la herida que produce.

En cambio, si eres tolerante con las flaquezas ajenas, te perdonarán las propias; o adquieres, por derecho absoluto, el derecho de ser perdonado. Eso, hablando de simples conveniencias. Pero como no estamos en un mercado, justo es manifestar que el hombre no debe herir al cama-

rada o al enemigo, por simple gusto de hacerlo: semejante distracción es propia de gente baja y vulgar.

Si eres ingenioso, diestro en hacer frases hirientes, no sacrifiques al amigo por el gusto torcido de hacerlas. No sabes cuánto amarga el corazón, cuánto empequeñece al ánimo, tu propio veneno. Enferma y mata a los otros: hay frases imperdonables que lo consiguen. Pero, sobre todo, envilecen al mismo que las hace.

Abusar del ingenio, en esa forma, es cosa corriente. De ahí el odio que se tiene al ingenio satírico, al humor del ironista de baja escuela. Satirizar, ironizar, burlar, son cosas que no deben hacerse sino muy raras veces en la vida. Puede haber, y la hay, una ironía provechosa: aquella que no señala personas, ni grupos determinados de personas para herirlos. Los grandes escritores han ironizado siempre, de este modo. Del otro, no: muy pocas veces. Y la prueba más evidente de que la ironía no inspira completa confianza, es la de que no podríamos imaginarnos a Jesús en ejercicio de ironista; y menos en el trabajo del satírico; y menos aún, mucho menos, burlando a nadie.

Entre esos tres modos de ser, el de la burla es el más triste. Por eso, te ruego no burlarte nunca de nadie. No lo hagas nunca, amigo.

No hieras a nadie con acero, ni con palabras crueles. Hacerlo es matar como lo hace la avispa: dejando la pequeña saeta en la piel ajena, pero con sus mismas vísceras destrozadas. ¿No sabías que estos animalitos mueren después de inyectar su ponzoña? Buena enseñanza para que la recojas, jubiloso, al pie de esta página.

EN DONDE SE VE CÓMO Y EN QUÉ FORMA CASTIGAR ES UN DERECHO DEL HOMBRE OFENDIDO

No debes suponer, niño, que te aconsejo una absoluta quietud en la lucha: quietud de palabra o de hecho. El hombre se ve comprometido, muchas veces, a levantar el látigo. El ignorante lo hace sin motivo justificado. Tú no debes hacerlo nunca sin ese motivo. Sería una horrible injusticia. Pero, aun cuando exista el motivo, no debes castigar si no eres capaz de dar una enseñanza con el castigo. Y es aquí donde está lo difícil de la tarea. En cuanto hay simple venganza aparece la inmoralidad, la bajeza de ánimo. Por ello debes hacer un severo examen de conciencia antes de alzar el brazo en la lucha. El hombre que tiene destreza en tal clase de exámenes, recorre su conciencia con facilidad; no así, los espíritus torpes. Imagínate cómo serán injustos estos últimos en la pelea, si no saben siquiera consultarse a sí mismos antes de formular o de consumir el castigo. La ignorancia es eminentemente injusta. Pero el conocimiento es más responsable de sus hechos. Tú, niño, observador de tus propios derechos, debes saberlo: tu responsabilidad es mayor que la del ignorante; tu táctica en los campos de lucha ha de ser más cauta, más científica, más humana, más despaciosa, pero más segura. Tengo un amigo pérfido que me recibe siempre con alguna mala noticia; cuando no la encuentra, la inventa. Es musical como un silbido de serpiente; se arrastra a mis pies con suavidad diabólica. Hace muchos años que lo observo y le conozco sus odios, sus métodos para manifestarlos, su insignificancia moral. A pesar de las ofensas que me hace, no he encontrado para él más castigo que el del silencio. Su misma.

miseria me ha detenido el puño muchas veces. No se puede decir que lo he tratado con desprecio: sería demasiado cruel y orgullosa esta fórmula. Mas, en verdad, he preferido callar a maltratarlo con exceso. Es que no he podido inventar el modo de darle un castigo que le enseñe el camino de la dignidad interior. Parece, como lo dirían los pensadores que saben de estas cosas, un "perverso constitucional". Mejor dejarlo en brazos de su propio destino.

Ya ves, amigo: quiero decirte que en presencia de los enemigos debemos operar con entera conciencia de lo que se hace. Si recibes la herida de una calumnia, por grave que esta sea, no contestarás con otra calumnia. Equivaldría a empequeñecerte frente a las exigencias de la pequeñez ajena. Con los pequeños y los grandes lucharás esgrimiendo tus propias armas. De esta suerte tendrás perfecto dominio de ti mismo para calcular tus actos; para enseñar siempre con ellos al enemigo que te odia, que te calumnia, que te llena de insultos. Jesús no esgrimió el látigo, en el templo, para vengarse: lo esgrimió para dar una enseñanza de energía a los celadores del orden espiritual.

Niño: cuando levantes la mano, piensa: del surco de carne que haré con la espada, ¿nacerá alguna vez la espiga? Si el terreno es estéril, recoge el acero y vete a meditar un año más a la sombra del árbol cercano. El retiro te enseñará una vez más la sabiduría del silencio, en que se guardan los secretos de la prudencia.

DEL MODO COMO DEBE DEFENDERSE LA VIRTUD CON LA VOLUNTAD DE DOMINIO

Estás profundamente equivocado, amigo mío, si piensas que la virtud se defiende con la simple suavidad del ánimo. Para ser bueno hay que ser fuerte; para ser fuerte es preciso tener un carácter dominante. No pretendo decirte que el dominio consiste en la crueldad, ni mucho menos; o en el gesto duro y feroz; o en la mirada insolente; o en la terquedad; o en la grosería de la palabra o del gesto. Nada más lejos de la verdadera fuerza del carácter, que estos signos de ferocidad, de inmodestia y de orgullo. El hombre puro manifiesta sus fuerzas haciendo lo que le conviene a sus intereses morales; y, por nada del mundo, lo contrario a ellos. Con una gran dulzura puede negarse a jugar sus dineros; a tomar licor, a hacer una injusticia con el amigo o con el enemigo; a burlarse de los otros; a robar y a matar. Cuando lo invitan a realizar estos actos vergonzosos, lo hace a veces en completo silencio, abandonando, para siempre, las malas compañías que de esta suerte pretenden rebajar su dignidad moral. Como es fuerte, no ha vacilado un momento en protestar, de un modo o de otro, contra ese atentado. Algunas veces debe acogerse a la violencia de hecho en su afán inflexible de conservarse noble y generoso; mas no siempre, porque la fuerza no es escándalo en todas las ocasiones; ni mirada fiera e irascible; ni gesto altanero. La mansedumbre de Jesús fué más resistente que el más airado de los gestos de Napoleón, en la guerra. Bonaparte era soberbio; Jesús se conformaba con ser puro. No ha existido en la historia de las ideas humanas y divinas un caso de mayor fortaleza de ánimo que el del Señor de los Evan-

gelios. No confundas, pues, a los actores de teatro con las figuras inmortales de la santidad.

Para alcanzar la voluntad de dominio hay que ser puro, sincero, imperturbable en la ansiedad de superación interior. El espíritu dominador gobierna a los hombres con una mirada, con un ruego, con un beso, con una lágrima.

Dominar es no dejarse corromper por los otros. Pero no sólo esto: es, también, persuadirlos a que actúen con bondad; es hacer prosélitos para la batalla de la rectitud, de la honradez, de la justicia, de la tolerancia. El verdadero espíritu de dominio es lanza y es escudo; lanza, para hundirla en la podredumbre ajena. Es, por tanto, una fuerza activa, inquieta, irresistible. Cerca del hombre dominante nos sentimos arrastrados. Si es una fuerza oscura la suya, oponámosle a su influjo toda nuestra pasión moral: hay que resistir, es preciso no perecer bajo su tenebrosa atracción. Pero debes estar seguro, de que el verdadero espíritu de dominio en el bien, sale siempre victorioso en la lucha. El bien es la mayor fuerza del mundo: el mal, su contraste.

Sólo que, niño amigo, el triunfo de la bondad no siempre es el poder, la posición deslumbradora, la comodidad burguesa, la fama sin límite; en oportunidades es todo lo contrario: el olvido y el desdén de los hombres soberbios; la posición mezquina y azarosa; el hambre, la oscuridad...; cuando no la cárcel, el látigo y la cruz del Calvario. Sin embargo, un hombre sensato no cambia el brillo mundano por la infinita dulzura de sentirse puro. ¿Ves la diferencia, amigo mío? ¿Qué diferencia!

El bueno se conforma con poco; el malo no llega a satisfacer siempre sus deseos mundanos. El bueno se siente seguro en su miseria material; el malo, acechado y perseguido por su mismo esplendor; el bueno carece de necesidades aplastantes; el malo, está necesitado de todo lo bueno y de todo lo malo. El uno se consume bajo el peso de sus mismos deleites; el otro saca luz de tiniebla y fuerza de flaqueza. El primero es la imagen de la debilidad, a pesar de

sus caballos, de sus palacios, de sus banquetes; el segundo, el símbolo de la fuerza, a despecho de su casa mezquina, de su vestido sencillo, de su posición invisible. El malo es un ser débil que juega a la fuerza; el bueno un dominador de ideas que da, al final de la vida, el golpe que lo eleva definitivamente sobre las miserias del mundo.

DEL MEDIO; Y DEL BUEN SUCESO QUE TRAE AL HOMBRE LA OBSERVACION CONSTANTE DEL MUNDO

Conocerse a sí mismo, niño, en cuanto sea posible, es el paso más fecundo de la sabiduría. Sin este conocimiento es imposible combatir nuestras flaquezas; examinar nuestras bajas tendencias; dirigir las buenas para sostener y acrecentar su vigor, poner en juego, en suma, nuestra compleja maquinaria íntima. Dentro de nosotros encontramos todos los vicios en germen: todas las virtudes en estado larvario. Somos un resumen del complejo humano.

Recuerda cómo el vicio, asentado mañosamente en el corazón del hombre, se defiende, a capa y espada, del consejo ajeno y del propio consejo. El hombre vicioso tiene un razonamiento especial para justificar sus actos, por crueles que sean. No hay pecado sin excusa, hipocresía sin máscara, doblez sin idea que lo justifique. A este poderoso engaño se debe la fuerza del mal. Conocerse a sí mismo es adquirir fuerza para matar esa excusa, romper esa máscara o abandonar esa idea. Pero, al principio, no encontramos modo de hacerlo. Se impone el acto heroico a fin de juzgarnos sin misericordia. No es tarea fácil realizarlo. Sin una meditación profunda, todo nos parecerá defendible en nosotros. La mayoría de los hombres desconoce el método; por ello tiene, esta mayoría, la irresponsabilidad del sonámbulo, del simple autómatas, de la máquina sin vida y sin alma.

Conocerse a sí mismo es despertar; equivale a salir del sueño a la vigilia. Al principio el deslumbramiento nos ciega; después, los sentimientos empiezan a adquirir sus con-

tornos propios; las ideas, sus propias figuras; los actos de voluntad, de visión de sus mismos resortes. Es entonces el instante en que la pasión toma un rumbo que podemos o enderezar cada vez más o torcer cada vez menos. Están las riendas en las manos. El instante en que observamos el vuelo de las ideas o su descenso hacia el polvo; los arranques voluntarios hacia arriba o su encorvamiento hacia abajo. Ha aparecido en nuestras manos, la brújula; en nuestros pies, el camino; en nuestra alma, la inquietud definitiva por el ascenso hacia el bien. Sabemos en qué consiste y cómo trabaja la bestia interior; en qué sitio se encuentra y cómo abre las alas nuestra ansiedad de superación. Nos hemos comprendido lo necesario para empezar a ser cultos de verdad; y desdeñar la soberbia de los hombres vulgares; sus burlas; sus calumnias; la ligereza de sus lenguas y de sus manos; sus envidias; sus traiciones; sus insultos; sus sátiras envenenadas; su ironías impiadosas; sus crímenes. Hemos visto y comprendido en el mundo interior, el mal propio, pero también el ajeno; la flaqueza de los demás en nosotros mismos, porque somos un espejo en que se asoman las almas de afuera y se reconocen en su propia casa.

No en vano ha dicho el preceptista: "Entre tú y yo hay un puente que es de los dos". Es decir que el alma que se conoce a sí misma puede, a fin de conocer a las otras, recorrer el puente que la conduce a la morada ajena, al alma distante o cercana; al bosque que la circunda; o al monte que apenas se vislumbra en el horizonte. En cambio, sin conocernos estamos ciegos para el paisaje, para la luz; muertos para la sensación. Nuestra misma conciencia es un abismo lleno de penumbras, de gritos subterráneos, de sobresaltos. El hombre que se desconoce es una sombra que se proyecta sobre otra sombra más densa: es el miedo que vive en la tragedia, en la irresolución, en el fracaso; no es más que un instinto que se agita en la oscuridad.

Ese hombre no ha podido observarse a sí mismo; menos podrá observar las cosas de afuera. Pero, el iniciado en el conocimiento de su propia persona, tiene el secreto que lo llevará al conocimiento de los otros. Ya puede aprovechar la enseñanza del medio, con toda firmeza. No se le

escaparán las pasiones de los hombres que trata; sus odios; sus habilidades más secretas; su egoísmo. Aprenderá cómo luchan por vivir los malos y los buenos. Y el contraste le servirá de motivo analítico, de término de comparación consigo mismo.

El estudio del medio es una necesidad del hombre culto; conocer hombres es una tarea que no desdeñan los malos; menos los espíritus levantados que desean proyectar su vida interior, fuera de sí mismos, con intención de ayudar al desvalido, de hacer obra de amor; no edifica en el aire el espíritu generoso: busca el suelo, mide sus dimensiones; traza sus planos; y luego siembra de un modo o de otro, las primeras piedras. La columna se alza después en firme. Las arenas la cubrirán más tarde; no faltará, sin embargo, quien la excave; quien se aproveche de su belleza y de su fuerza.

No pretendas, amigo mío, mandar a los otros, si te desconoces a ti mismo: en ese caso nada será más deleznable que tu obra. Edifica en ti mismo, para los demás; en los demás, para ti mismo. La observación del medio es tan necesaria como la del propio problema. ¿No ves que todos somos, en el fondo, una misma cosa?

¡Almas perdidas en busca de una luz lejana!

La Moral Femenina
(Manual de la verdadera elegancia)

Por

MOISES VINCENZI

DE CÓMO LA BELLEZA DE LA MUJER NO ES LO QUE A PRIMERA VISTA PARECE

¿Ves a esa niña? Tiene un cuerpo armonioso, proporcionado; una cara perfectamente simétrica; unas manos y unos pies lindos. No obstante, hay algo en sus ojos negros que nos inquieta: su mirada no es firme; sus párpados carecen de tranquilidad; los movimientos de la cabeza no van de acuerdo con ellos; en suma, no ven con nobleza, con distinción, con el suave candor de un sér bueno y culto a la vez. Luego esos ojos no son bellos: son apenas un simple juego de formas, de colores. Pero hay algo más en la cabeza perfecta de esa niña: su boca no sabe expresar nada generoso; no es una boca espiritual, no sabe sonreír; no sabe hablar. Cuando hay un motivo de risa, un motivo ordinario de risa, está pronta a externar una alegría grosera; y lo hace con displicencia, con gritos irregulares, con ruidos que se oyen a largas distancias. En cambio desconoce el encanto de la sonrisa en que los hombres sabios han encontrado el verdadero fulgor de la espiritualidad, porque esa boca no ha aprendido a sonreír.

No. Esa niña no sabe ver y no conoce tampoco el atractivo de la sonrisa: es una pobre niña ignorante que desconoce la verdadera belleza. Además, piensa que el afeitado es capaz de afinar sus formas. Está profundamente equivocada. Más que el infantil engaño de una ojera pintada con carbón, embellecen los ojos un sentimiento bello, una idea generosa. Y esa niña lo ignora. Por eso merece, bajo la consideración de las personas discretas, piedad; simplemente piedad. Las almas feas en cuerpos bellos no merecen otra cosa que piedad.

Esa niña se pinta los labios: la sustancia con que los pinta es un elemento propicio al cultivo de los malos microbios. Ella también lo ignora. No sabe esa niña que una boca, bella o fea, es mejor que una simple boca pintada, que un engaño, que una falsedad, que una mentira. Ignora que sólo la verdad es bella por más defectos aparentes que manifieste. Esa niña no sabe que la belleza de una cara no se logra con una máscara o con una mutilación de la naturaleza. Porque, ¿no hay mutilación en extraer con pinzas las irregularidades de una ceja? O, si las intenta pulir con una navaja, ¿desconoce el horrible efecto que produce una piel rasurada de mujer?

Esa niña, amigas mías, tiene un cuerpo armonioso, una cara griega, unas manos cuidadas, unos pies diminutos, pero es fea porque no sabe mirar, no sabe sonreír, no sabe manifestar la verdad de su propia naturaleza puesto que la mutila con las pinzas, con la navaja o con los afeites. Es decir, que no es bella porque es ignorante.

DEL ENGAÑO E INJUSTICIA DE LAS MODAS EN COSAS FEMENINAS

Esa amiguita de cuerpo bello y espíritu elemental, es decir, inferior, piensa que exalta su belleza siguiendo la esclavitud y los costosos caprichos de la moda. Es un error. Si sus padres son pobres, al exigirles muchos vestidos los sacrifica, los lanza cada vez más a la miseria y, con una horrible frecuencia, al deshonor. Muchos son los padres que han robado, y que roban, para comprar ropas caras a sus hijas. ¿Y sabéis lo que esto significa, niñas inocentes? Pero es más: tras el sacrificio de los padres está el de ellas: las modas no buscan la higiene; tampoco la honestidad; tampoco la economía; y menos aún la justicia. Las hacen en el cuerpo de una docena de modelos, de tipos de mujer corporalmente excepcionales y de acuerdo con los grandes negocios de telas. Es decir que las mujeres que no se parezcan a esos modelos, a esos tipos de excepción, hacen, de seguro, el ridículo con sus vestidos. Así, las modas quedan bien, al menos en cuanto a la grosera sensualidad que buscan, en un reducidísimo grupo de mujeres bellas de cuerpo y, con la mayor frecuencia posible, **nada más que de cuerpo**. El resto, esto es, la mayor parte de las que se esclavizan con ella—millones y millones de personas,—no hacen con la moda más que el ridículo. Los vestidos de moda no son higiénicos, como lo hemos afirmado, porque buscan la desnudez y con ella encuentran el constipado; las modas viejas, en cambio, buscaban el calor, los repliegues abundantes, el polvo y el barro de las calles antiguas. Pero entre ambos extremos—la abundancia de telas y la exigüedad en su empleo, amiga esta última del nudismo—la moda no ha

encontrado un término medio razonable. La razón es lo que a ella menos le importa. Y no hablemos nada de la honestidad: ya todas sabéis que la moda está reñida con ella; es más aún: que la moda actual y la moda de siempre no ha buscado otra cosa que la provocación de los malos instintos. La moda es antihigiénica; es deshonesta; es derrochadora; y es esencialmente injusta.

Pero hemos oído la voz de nuestra amiguita, diciéndonos detrás de los hombros: ¡Viejo más gazmoño!

DONDE SE MUESTRA QUE LA GAZMOÑERÍA ES OTRA COSA QUE EL BUEN SENTIDO

Amiguita: odio como tú la gazmoñería, la verdadera gazmoñería. Con mucha frecuencia los viejos se tornan consejeros porque la edad los ha puesto fuera de combate. Las viejas hipócritas regañan a las niñas y las invitan a sacrificar la alegría a cambio de una virtud que ellas no tienen por que si no caen en los errores de la juventud, pasan la vida murmurando o haciendo cualquier desplante parecido. La de esas viejas es la gazmoñería; no el consejo sano de un hombre que todavía no es viejo. Y si tomo en aprecio mi edad no es para hablar de mí mismo: es más bien para darte confianza; para que sepas que mis quejas contra la moda no son las de un apóstol; ni las de un beato; ni las de un vencido, al menos en aquello en que me interesa no serlo, para hablarte e inspirarte una confianza verdaderamente razonable. Te hablo, amiguita, como un artista; y de aquello que puede interesarte para completar tu belleza externa y modelar la íntima. Ando tras tus errores y no quiero catequizarte para ningún credo. Busco el sentido de la belleza íntima de las fisonomías, tan desfiguradas por los vendedores de ropas extranjeras. No me regañes, amiguita; y trata de comprender que una boca desfigurada es una infantil ridiculez de la moda; que unas cejas fingidas recuerdan ciertas enfermedades de la piel; que unas uñas rojas no parecen humanas, porque las verdaderas, pálidas o ligeramente sonrosadas, limpias o pobladas de graciosas nubecillas, son mucho más sugestivas que una mancha roja, que un chillante pringue de tinta. No confunda-

mos la verdadera gazmoñería con estas razones del modo que lo hacen casi todas.

Buen sentido para entablar una urgente disputa es todo lo que solicito a las lectoras: la disputa sobre los errores y los horrores de la moda, contra aquellas que se obstinan en seguirla, sacrificando el bolsillo y el honor de sus familias; y, sobre todas las cosas, también el más bello concepto de la belleza femenina; el de la gracia íntima, el de la cultura, el de la bondad, fuera de cuyos dominios todo es feo y triste, aunque no lo parezca a los tontos, en la mujer.

Gazmoño, no; artista, sí. Pon verdadero cuidado en cuanto voy expresándote y comprenderás cuán desviadas están las niñas que siguen, a ciegas, los caprichos de la moda. Así, pues, no te pongas en ridículo con un vestido que no calza en las particularidades de tu propio cuerpo; con los alcances de la economía de tu casa; con la higiene; con la honestidad. No deposites criaderos de microbios en los labios; no te recortes las cejas; no te pintes las uñas; no trates de provocar, con tus costumbres y tus ropas, los bajos instintos de la gente.

Lectores: nuestra amiguita no sabe estas cosas y por eso nos ha dicho gazmoños detrás de los hombros. En verdad da lástima verla tan bella por fuera y tan tonta por dentro.

PÁGINA EN QUE SE VE EL SENTIDO DE LA VERDADERA ELEGANCIA

No está, pues, amiguitas mías, la verdadera belleza en los trapos de colores que os ajustáis al cuerpo; en los múltiples anillos con que adornáis vuestras manos; ni en los collares de perlas; ni en los sombreros con que ocultáis la verdadera forma de vuestras cabezas. La belleza no está, la belleza de fondo, en ningún trazo, en ningún pedazo de metal: en ninguna zapatilla bordada: está más adentro: en vuestras mismas almas. No afirmo que el vestido sea un objeto despreciable; digo, solamente, que no es más que un simple accesorio de la personalidad; un objeto que tiene una pequeñísima importancia espiritual. Porque, a pesar de todo, la tiene, aunque en mínima parte;: no en el sentido que habéis supuesto: más bien para señalar en sus lujos, en sus excesos, un estado interior lamentable; o para demostrar que el buen gusto con que lo usan las personas sensatas, huyendo de los colores vistosos, de los trapos caros, de las modas ridículas, de los escotes deshonestos, es un don de la espiritualidad que buscamos. Es, la del vestido, una importancia indirecta, que se manifiesta en función del espíritu, porque sólo es atendible la verdadera belleza, por las ideas y los sentimientos de la persona; y no por el valor aislado de una pieza de seda, de un colgajo de encaje o de una figulina de oro.

La verdadera elegancia no existe sin un hondo cultivo espiritual; no puede existir en esa niña que no sabe leer libros sanos; que anda, deseosa de provocar malos deseos, en los hoteles de lujo, en los clubes de fama, en los paseos que llaman aristocráticos; que no tiene tiempo sino para vestir-

se, para cambiar cada hora de vestido; que vive esclava del espejo y de la ventana; que no sabe conversar de cosas generosas; que murmura continuamente con sus amigas. La verdadera elegancia está en todo lo contrario: tiene un sentido raro de la humildad, un buen sentido de la sencillez; busca la gracia en el bien, en el cultivo de su propia alma; en la honestidad, es decir, fuera de los clubes de moda donde los apetitos bajos ponen sus trampas en una copa de vino o en la sensualidad de una pieza de baile. La prueba está en que los jóvenes verdaderamente cultos y trabajadores no se encuentran en esos clubes, en esos paseos, en esos hoteles. Todo lo contrario: la biblioteca no da tiempo para eso; tampoco el taller.

De manera que, amiguitas mías, cuando váis a esos sitios a buscar la compañía de jóvenes elegantes os encontráis con unos simples figurines; con los hijos de gente rica o acomodada que no ha tenido lugar de educarlos en asuntos de fondo; que saben saludar con mucha gracia aparente, pero nada más. No son otras cosa que cazadores de placeres bajos a costa de las niñas tontas. Y es que, como os dije antes, tanto esos figurines como esas niñas, andan tras un sentido falso de la elegancia.

No, amiguitas, la elegancia no está en los vestidos caros, en las joyas alucinantes, en los salones suntuosos; menos en el cigarro de menta que os ofrecen en cajas doradas; o en la copa de licor con que vuestros amigos desean y logran entonteceros a la hora del baile. La verdadera elegancia empieza por ser una actitud interior y termina, de un modo indefectible, por la sencillez de las costumbres. Es, pues amiguitas mías, una virtud. No se puede ser elegante sin ser bueno, honesto, sensato, cuidadoso; sin distribuir el tiempo con verdadera medida entre el trabajo, el estudio y la diversión.

Pero, ¿también es elegante divertirse?

DONDE SE APRECIA EN QUÉ FORMA SE DIVIERTEN LAS NIÑAS VERDADERAMENTE ELEGANTES

La niña elegante, fea o bonita—¿no sabíais que las feas tienen derecho a ser elegantes?—ha empezado por ser estudiosa; por desarrollar, junto a su inteligencia, su corazón. Ha comprendido que es útil para su inteligencia conocer todas las aplicaciones de la electricidad; que no es bueno ignorar cómo se llama la capital de España o de Japón o de la India; tampoco la Vida de Napoleón; y menos aún las inquietudes de los jóvenes estudiantes del mundo. Sabe que ignorando todo esto no podrá conversar con la gente culta sin hacer el ridículo. Pero sobre todo ha meditado mucho en la virtud, en cualquier medio en que se mueva. Ha aprendido una cosa esencial: que no debe buscar el aprecio de los simples figurines; que sólo interesa ganarse el buen juicio de las personas buenas y cultas, por más que no asistan a los grandes hoteles o tal vez, en gran parte, precisamente por eso: porque están alejadas de todas las tentaciones pecaminosas, de todos los medios frívolos y perversos.

La niña elegante, fea o bonita, se divierte con los placeres sanos: gastando en su vestido sin sacrificar el bolsillo de sus padres; o, si es rica, vistiéndose con decoro, no para llamar la atención pública en las esquinas, sino para verse sencilla, es decir, bella, a los ojos de la gente culta. Es decir que también sabe hacer del vestido un motivo sano de placer, de frescura, de limpieza, de inocencia. Sufriría

con un vestido demasiado vistoso, demasiado rico, demasiado petulante: no confunde el exhibicionismo con la belleza. Además, conoce el sentido de la oportunidad: se presenta donde debe presentarse; donde no exista un peligro para su virtud; donde la alegría tenga un principio espiritual. Prefiere, por esto, a un mal amigo, no tener ninguno. Pero eso sí: cuando logra encontrar uno, su diversión con él no tiene precio: se siente segura en su compañía; recibe buenos consejos de él; quiere ser buena, antes que todo buena, para él. Si tiene la rara fortuna de ser bella por fuera, goza mirándose en el espejo y pensando que su belleza externa va en consonancia con su belleza íntima, con su honestidad, con su elegancia interior. No hay placer igual al suyo. Ha educado su voz; habla de modo que apenas la escuchan sus oyentes; no murmura; no quiere todas las ventajas para sí misma: sería demasiado vulgar para ella ese bajo egoísmo: tiene un dulce placer en ser útil a los otros, en ofrecer un consuelo; en aplaudir una virtud de sus compañeras; en no aceptar regalos costosos, en relación con la fortuna del que se los ofrece; goza con todo esto, más que la cortesana en el baile; que la mujer ligera en el trato con los hombres sin pudor. No acepta chascarrillos pasados de color; mucho menos pasaría por la vulgaridad de contarlos ella misma.

Encuentra placeres hondos en la lectura de buenos libros, en la conversación de cosas cultas. Y cuando tropieza con personas más cultas que ella, prefiere escucharlas a hacerse escuchar: tiene el sentido de la relatividad de sus propios alcances. Goza al sentirse capaz de distinguir lo bueno de lo malo, lo oportuno de lo inoportuno, lo vulgar de lo fino. En suma, los placeres de la niña elegante son infinitamente mayores y más duraderos que los de la cortesana; que los de la gente vulgar; que los groseros placeres de la bebida, del fumado, de la mesa y del baile, con que las niñas modernas quieren hacerse pasar por elegantes y por bellas.

Se comprende por qué esta niña elegante sabe divertirse mejor que las otras: su conciencia desconoce los dolores del remordimiento a que las malas compañías conducen

a las otras, a las desmañadas criaturas que pasan la vida en los salones de los grandes hoteles, frente a la copa de vino, con el cigarrillo mentolado en los labios. No hay diversión igual a la diversión honesta y culta de la niña espiritual, de la niña elegante.



EN QUÉ CONSISTE LA ELEGANCIA DE LAS NIÑAS FEAS

Las niñas feas—es decir, el ochenta por ciento de las mujeres—tienen muchas ventajas sobre las bonitas. No lo digo por consolarlas; lo digo porque basta considerar el destino de unas y otras para comprender esas ventajas. Por lo general, las bonitas son perseguidas: el resultado de tal persecución viene siendo, en un noventa por ciento, el pecado, la desgracia. Cada una de vosotras, queridas lectoras, recuerda el fracaso de una, de dos, de tres mujeres bellas, por el simple hecho de ser bellas. El engreimiento las hace, por otra parte, ridículas; el orgullo, antipáticas. Ningún hombre las busca para amigas, para compañeras; representan más bien un peligro que una garantía; una inquietud malsana que un consuelo sereno. De aquí se desprende el crecido número de matrimonios que se hacen con mujeres feas y el fracaso, casi constante, de los enlaces con mujeres bonitas. Esto no quiere decir que no haya excepciones, en un sentido y en otro. No todas las mujeres bonitas son malas, ni mucho menos; pero tampoco todas las feas son virtuosas. Me refiero a hechos generales, a observaciones que todas vosotras podéis hacer, si no las habéis realizado todavía. El medio actual, con sus banalidades, agrega, a los peligros de las mujeres bonitas, otros más. La costumbre tan arraigada ya, de hacer reinas, es uno de estos peligros, de estos atentados al menos contra la modestia de muchas niñas buenas y bellas. Si la belleza reconocida en un barrio, en una ciudad, pasa a la consagración de una reina, también pasa a despertar en torno suyo más envidias, más asechanzas, más lisonjas malsanas. Todos estos peli-

gros están conjurados por las niñas feas. Lo que les ha parecido una desgracia, ha sido, simplemente, un escudo.

No obstante, sé que la fea tonta no se consolará con estas raras reflexiones, de la aparente desgracia de no ser bella. Pero quienes llegan a justificarlas y además comprenden que la belleza interior es más durable que la material, fuera de no traer consigo ninguna desgracia, están conformes con su fealdad; y se alistan a buscar dentro de sí mismas la belleza eterna: la de la cultura, la de la virtud, en cuyo seno vive, con toda magnificencia, el secreto del buen éxito, la gracia de la elegancia esencial. ¿No habéis tratado, lectoras, con mujeres feas que fascinan con su simpatía, su bondad y su cultura? Y en cambio ¿no recordáis el caso de mujeres bonitas que son simplemente intratables? La experiencia nos hace recordar, a todos, innumerables personas en que se operan tan extraños fenómenos. Estad seguras de que la fea simpática hará matrimonio más pronto que la otra; y que las muñecas antipáticas, por lo general, terminan por recluirse en una soltería ilimitada, si no hacen una alianza fastuosa, interesada, y, por tanto, al fin y al cabo, infeliz.

La elegancia de las mujeres feas, más que la de esas muñecas, está en el cultivo interior: jamás en la moda, nunca más ridícula que en ellas; nunca más inútil que en ellas. Ya véis cómo el hombre culto menosprecia la mentida elegancia de los afeites y de los colorines, en las mismas mujeres bellas. ¿Qué dirán de las feas que se mutilan las cejas, se pintan los labios y se manchan las uñas? Nadie tiene derecho a desfigurar su naturaleza: menos aún aquellas personas que no deben esperar gran cosa de la belleza externa. La fea que no comprenda este sencillo alegato, es una desgraciada que busca la belleza imposible y encuentra tan sólo el ridículo, cuando bien puede buscar la elegancia interna, la de su corazón, la de su inteligencia. Algunas lo comprenden así y por eso triunfan: sobre el espejo roto han dejado caer, no pocas veces, las páginas sueltas de un libro generoso que las ha orientado hacia el dulce sendero de la belleza interior.

**DE CÓMO LA BELLEZA EXTERIOR NO DURA CASI
NADA; Y LA INTERIOR SE PROYECTA
MÁS ALLÁ DE LA VIDA**

Pero, ¿habéis calculado, niñas bellas, cuánto dura la belleza de vuestros cuerpos? A los quince años empieza a florecer en toda su fuerza, para apagarse antes de los treinta años. Casi siempre es así: las excepciones son muy pocas. Es decir que el esplendor material de un cuerpo permanece durante diez años; bien poca cosa para una vida de sesenta o setenta. Las que pensáis triunfar con ese esplendor fugaz, salís derrotadas antes de alcanzar la plenitud espiritual.

En cambio, la cultura, la virtud, apenas empiezan a brillar en los treinta años de edad. Cuando los placeres groseros de la belleza material se acaban, los otros comienzan más fuertes que nunca, a producir profunda alegría íntima.

Ahora me diréis: ¿pero sólo las mujeres feas tienen derecho a ser buenas y cultivadas? No, no es eso lo que he deseado deciros: es precisamente otra cosa: explicaros que la belleza corporal pasa con gran rapidez y que por eso mismo no tiene mayor importancia en la vida de una mujer sensata. La mujer bella que se convence, de verdad, frente a tales ideas, llega un día a preferir a un buen espejo un buen libro; a un vestido de seda, una estatuilla de marfil; a un barbilindo, un hombre sano y fuerte y de alguna cultura, aunque no asista a los bailes de un gran hotel; aunque no sepa decir frases galantes y engañosas; aunque no tenga vida exterior. Preferirá a la fama, el mérito; al dinero, la cordura para manejar la economía modesta de una casa pobre; a la belleza corporal, la del alma. Por tanto, la

advertencia es para todas: mujeres feas y mujeres bonitas. ¿O seguiréis, en vuestra obstinación, pensando que la belleza corporal es un don invariable, libre de peligros, de tentaciones, de asechanzas, de desgracias? La vida material, amigas mías, es triste en su mismo esplendor; la otra es alegre en la pobreza, en la riqueza, en la juventud y en la vejez. Y quien lo ha comprendido de esta manera a tiempo, no pocas veces tiene margen suficiente para hacer obras tales, que no perecen con la vida del cuerpo, con la miseria de la carne. No, amigas: no os apeguéis a la lisonja; no a la vanidad por una belleza que no habéis conquistado con los esfuerzos del alma; no a las cosas perecederas. Buscad, en cambio, el único sendero: el de la virtud. Sólo él os conservará bellas siempre.

DE CÓMO UN HOMBRE CULTO RECONOCE A UNA MUJER VULGAR

Nuestro culto amigo va en un coche de ferrocarril; con él se dirigen varias niñas desconocidas al mismo sitio. No van solas; van acompañadas por varios jóvenes. El observa a las unas y a los otros. Entre ellas hay una dominante: es la que dispone los motivos de la conversación, los cambios de lugar en los asientos. Nuestro camarada la observa más atentamente a ella: viste un traje a la moda: muy ceñido a la piel y muy descotado. Se sienta con alguna libertad; apenas aparenta, por política, un poquillo de pudor. En las estaciones es la primera que tiene sed; la primera que manifiesta, frente a los jóvenes, mayor interés por las ventas de frutas. Ellos satisfacen, con aparente naturalidad, sus caprichos. A la hora de haber agotado las exigencias de todos los apetitos, en dos o tres estaciones, empieza a proyectar paseos fastuosos, en que los gastos se multiplicarán. Esta niña no ha calculado si sus jóvenes amigos tienen dinero suficiente para satisfacerla; y, si en caso de tenerlo, lo gastan, de ese modo, con gusto. Carece de un supremo elemento de la elegancia: la delicadeza. Es, simple y llanamente, una mujer vulgar, como diría Frank Crane.

No. La mujer que pide regalos a los hombres, de un modo directo o indirecto, carece de toda belleza interna: produce, para decirlo con toda franqueza, un sentimiento muy crudo en las personas que la rodean: la repulsión. No porque lo que ella pida sea caro o barato: por la simple actitud de pedir. Los hombres cultos no soportan a estas mujeres. Y si las atienden lo hacen regularmente por educa-

ción. Es muy triste, amigas mías, que un hombre culto piense de una niña semejantes cosas.

Ese tipo de mujer es frecuente, más de lo que fuera deseable. El de la mujer recatada, sencilla de gustos, puntillosa en su trato con los hombres, es horriblemente escaso.

La valentía es al hombre lo que la delicadeza a la mujer: son cosas características de cada sexo. Sin embargo muchas niñas lo ignoran y es una gran lástima.

Amigas mías: sed delicadas, no abuséis de vuestra calidad de mujeres para obligar a los hombres a haceros costosos regalos. Ellos os darán, si son cultos, lo que deben daros. En este caso vuestra delicadeza no sufre menoscabo alguno. Pero, ¿es que necesitáis de semejante consejo? Por desgracia muchas verdades sencillas y viejas, deben ser dichas generación tras generación, porque los pueblos las repiten mecánicamente, sin darse el menor trabajo de vivirlas.

Ahora pensemos cuán fácil es ser vulgar; cuán triste es serlo; y cuán necesitadas están, especialmente las niñas, de huir de toda vulgaridad, de semejantes faltas de delicadeza. Un poco de vida interior, de atento oído para las cosas nobles, haría a nuestras mujeres, de verdad, más bellas y más felices.

**DONDE SE CONOCE QUE NO PUEDE HABER VER-
DADERA ELEGANCIA EN LA MUJER
DESCREÍDA**

Si estáis ya convencidas, amigas mías, de que la belleza espiritual es la verdadera, la mejor de todas, la más permanente, la única que nos hace capaces de triunfar, ¿no aceptáis que la mujer sin religión no tiene el gran panorama íntimo que necesita para ser buena? Sí: la mujer sin un buen credo, sin un ejemplo de belleza moral, es una pajueta al viento. Toda una vida de siglos se necesitaría para que un sér cualquiera llegase a construir, por sí mismo, un sistema moral. La religión lo da hecho; es un gran servicio que nos hacen a costa de mucha sangre y de infinitos sacrificios. Hay que aprovecharlo. Las niñas necesitan de ese servicio, de su enseñanza, de su belleza. La religión lo ofrece. Pero, ¿cuál religión? No lo dudéis: la de estos pueblos podría tener muchos errores; más vosotras no sabéis cuáles. Seguid, entonces, el ejemplo de las gentes superiores. La figura de Jesús os guiará. Id a oír sus consejos: no los encontraréis más puros, más nobles y más bellos. ¿Queréis algo más que la palabra de Jesús? Vuestra religión es bella por esa palabra.

Cuando estáis tristes, ¿no sentís el deseo de rezar, de buscar consuelo en algo divino?

La mujer sin religión no encuentra ese consuelo en parte alguna. Así sus actos se hacen más desenvueltos y más temerarios: su espíritu carece de rienda. La mujer elegante no es fanática, no quiere imponer sus creencias a los demás, pero sabe a dónde va; o al menos tiene fe en la palabra cristiana que la dirige. Jesús no puede engañarla cuan-

do le predica amor al prójimo, piedad para el triste, lealtad para el esposo, para el amigo, para el simple desconocido que se acerca a ella. Su virtud se desenvuelve por una senda abierta al amor de las cosas grandes.

¿Qué haría, en cambio, sin religión? ¿Tendría fuerza suficiente para hacerse una moral propia? Sólo en este caso sería obligatoria su independencia, su valor frente a los grandes problemas del mundo. Y aún así, por original que fuese su moral, no podría perder de vista, después de toda una vida de pensar, la silueta divina de Jesucristo.

La mujer sin religión provoca muchas sospechas; no le tengamos confianza. Por lo general finge ser libre, pero reza oculta en los rincones e invoca a los santos en secreto. Hay que ser francamente religioso; mejor dicho, francamente cristiano.

**LA VERDADERA BELLEZA SÓLO SE ENCUENTRA
EN LA MUJER PURA QUE PRACTICA
LOS SIGUIENTES PRINCIPIOS**

1º—Debe ser sencilla en el pensamiento, en el vestido, en todo género de acciones.

¿Es elegante, acaso, la niña, complicada de alma; la niña que sueña en cosas absurdas, en extravagantes riquezas, en viajes imposibles, en rancias y estúpidas noblezas de sangre? Esa niña, de pensar en tal forma, nunca estará satisfecha con lo que tenga; llegará al sacrificio de su virtud por realizar uno de los caprichos de su fantasía. Ama demasiado el confort, los placeres terrenos, para ser buena esposa, buena hija, buena amiga. Jamás estará contenta con nada; los placeres intelectuales estarán siempre muy lejos de ella.

No olvidéis, amigas mías, que la sencillez y pureza del pensamiento se manifiesta en la sencillez del vestido, de los ademanes, de las costumbres. La mujer lujosa y brillante, amiga de colgajos y de joyas costosas, tiene, sin duda alguna, un pensamiento demasiado terreno para ser verdaderamente buena, en el fondo. Los hombres cultos saben reconocerlo así; y ellos son los jueces de la verdadera belleza.

2º—No debe murmurar nunca. ¿Hay alguna piedad, algún amor al prójimo en la persona inclinada a los chismes? ¿Hay un adarme de caridad en estar analizando las faltas ajenas, los vicios ajenos? ¿Se corrigen esas faltas y esos vicios con nuestra murmuración? ¿No es mejor emplear el tiempo hablando de cosas de arte, de un libro bello, de una acción noble? ¿No os dáis por enteradas de que

la persona que tiene por oficio estar hablando mal de los otros, merece ella misma el castigo de las lenguas ajenas? Y, por otra parte, ¿no habéis notado que son precisamente los espíritus bajos, los murmuradores de oficio, los perseguidores del prójimo, los calumniadores, los deslenguados, los que no pueden ver a una persona sin zaherirla? Si estas costumbres son horribles en el hombre, ¿calculáis qué calificativo merecen practicadas por una niña? No os llaméis a engaño: el murmurador no tiene amigos, no puede conquistar simpatías: trabaja en el vacío sin percatarse de ello; no es una persona elegante; es decir, no es un espíritu bueno.

3º—No debe ser coqueta. La coqueta no inspira confianza; y la confianza es una condición imprescindible de la mujer elegante. No hay seriedad en ella. Y la seriedad—no la adustez, no la cara agria, no el gesto duro e inflexible—es la base de la honradez en las costumbres, en el pensamiento, en todo. La elegancia no puede existir en las almas charlatanas y veleidosas; y la coquetería es, precisamente, esto mismo: charlatanería, veleidad, falta de nobleza, de pensamiento sólido, de propósitos definidos. La mujer coqueta es un candidato para la desgracia. No lo olvidéis, amigas mías.

4º—No debe ser envidiosa. La envidia es un signo muy triste de inferioridad: asume multitud de formas para manifestarse: en gentes que parecen cultas, toma la forma de la frase sutil, de la chanza inocente; pero dentro de esas frases finas, de esas bromas al parecer candorosas, va envuelto el verdadero pensamiento del envidioso. No os llaméis a engaño con esos hipócritas. Cuando piensan que han sido descubiertas sus malas intenciones, os llenan de elogios falsos; detrás del aplauso fingido vendrá la nueva satirilla, la nueva chanza envidiosa. Estad seguras, amigas mías, que la persona que haga esto, por culta que parezca, es una fracasada; ha perdido su juego en la vida; por eso envidia a los espíritus que la superan. No hablo de los otros envidiosos, porque todo el mundo sabe reconocer-

los. De todas suertes, no envolváis en vuestras bromas, la intención hiriente del envidioso; vigilad vuestras frases contra la envidia, como el pastor vigila sus ovejas contra el lobo. La mujer elegante, es decir, la mujer buena, no puede ser envidiosa; y siente una viva repulsión por la envidia.

5º—Debe ser ordenada. Ordenada en lo que piensa; en lo que expresa; en lo que lee; en lo que viste; ordenada en su trabajo; en sus diversiones; en sus apetitos; en sus costumbres. La niña desordenada carece de honradez: no está capacitada para dar cumplimiento a sus compromisos. De este modo llega fácilmente a la mentira, a la farsa. No es, no puede ser bella, en el noble y real sentido de la palabra; no puede ser elegante. La niña desordenada no puede ser limpia y pura, en su cuerpo ni en su espíritu.

6º—Debe ser alegre. La mujer sencilla, discreta, seria, ordenada, tiene suficientes motivos para ser alegre: para cantar, para hacer alegría entre los suyos; para transmitir júbilo a cuantos la tratan; para ser verdaderamente optimista. La tristeza no es su estado natural. Los jardines prosperan bajo sus cuidados; los sirvientes la respetan y la aman: trabajan a su gusto con ella. Sabe que nadie tiene más derecho a ser alegre, que la persona que tiene un alma bella.

7º—Es muy oportuna. No hace visitas innecesarias; y cuando las hace las limita en corto tiempo; no interrumpe al que lee o escribe; no habla en los conciertos musicales: sabe escuchar con interés: es un deleite inapreciable sentirse escuchados por ella. Llega siempre a tiempo; sabe devolver los libros que le prestan; hace sus tareas religiosamente. Paga sus deudas con verdadero escrúpulo.

8º—Especializa algún estudio. La mujer elegante conoce un secreto de suma trascendencia: sabe que la verdadera nobleza está en el dominio de la bondad y en el cultivo de la inteligencia. Por eso especializa sus estudios en

algún ramo de sus simpatías: la veréis trabajar en este sentido, siempre. No es que desee hacerse bachillera—en la acepción burlesca del término—; no sería eso cosa elegante: su propósito es el de ser muy culta en algo, regullarmente en el cultivo de algún arte: música, pintura, escultura, poesía. En esa forma no carecen sus recursos mentales para comprender, más allá de lo mediano, los problemas íntimos de la vida. Sus ratos de ocio cobran, así, la trascendencia de una sublimación íntima.

¿Os apegáis ahora, amigas mías, a los caprichos de la moda; a la mutilación del afeitte; a la veleidad, al desorden; al brillo de las cosas materiales; a los hombres incultos; a los barnices engañosos del mundo social?

Ya habéis visto que la elegancia es cosa muy diferente: me sentiría muy orgulloso si mis palabras os hubiesen puesto a meditar, sobre estos problemas, un instante.

Prácticas morales en el
comportamiento general
del hombre

(¿En qué consiste la superioridad?)

Por

FRANK CRANE

LA DESIGUALDAD DE LOS HOMBRES

El mundo siempre ha creído en la desigualdad de los hombres.

Y aquello que la humanidad ha creído durante miles de años, y continúa aún creyéndolo, generación tras generación, debe encerrar algo de verdad. Las mentiras puras no viven largo tiempo; hay que salarlas con verdad para que se conserven.

Siempre hemos tenido nuestras aristocracias.

Jesús mismo dijo: "Estrecha es la puerta y angosto el camino... y pocos serán los que lo encuentren."

¿En qué consiste, pues, la superioridad?

No consiste en la posición que usted ocupa, ni en el dinero que usted tiene, ni en los trajes que lleva, ni en ninguna cosa semejante. Esto es tan obvio que no admite discusión.

¿Quiénes son los verdaderos elegidos? ¿Quién es aquél que se distingue entre ciento?

El hombre superior se distingue por estas marcas:

I.—Es espiritual. Hago uso de esta palabra con todo cuidado. No quiero decir que es santo o poeta o que desdén trabajar con las manos.

Lo que quiero decir es que sus placeres son sobre todo mentales.

El arte de vivir consiste en la cuerda selección de las satisfacciones. Si escogemos las carnales, éstas no duran, y acabamos por sentirnos fastidiados y miserables. Si escogemos las más elevadas, las encontramos más permanen-

tes y cada vez más interesantes. Así, pues, la cuestión se reduce a si desea usted ser feliz por corto tiempo o por toda la vida. El hombre superior sabe ser dichoso durante toda su vida.

La mente y la conciencia son los últimos productos de la evolución. Si los placeres de usted yacen en la mente, puede usted decir con un filósofo moderno: "Tengo un grado de existencia por lo menos diez veces más grande que el de los otros; es decir, existo diez veces más."

¿Qué le gusta a usted más? ¿La cerveza, la carne, el sueño, la comodidad indolente, el baile, la caza? ¿Es la privación de estas cosas lo que más le irrita a usted? ¿Se enoja usted cuando no puede disfrutar del lujo, de trajes vistosos, de prominencia y de otras cosas semejantes? Pues bien, así es todo el mundo. No necesariamente malo sino, simplemente, vulgar.

Pero ¿le gusta a usted la Monna Lisa o la Balada de Chopin o los escritos de Walter Pater o una nueva idea o un bello bosque, a tal grado que estaría dispuesto por ellos a perder una comida o a dejar de ser presentado a un emperador? Si así es, regocíjese, pues va usted por la senda estrecha, y pocos son los que la encuentran. Usted puede tener muchos defectos, pero no es usted vulgar.

LAS PERSONAS SUPERIORES

II.—Las personas superiores gustan de la sencillez. El vulgo gusta de la ostentación. ¿Qué le produce a usted mayor goce: el ver una columna griega limpia y esbelta o el dorado esculpido de un teatro de Nueva York o de un hotel de París?

¿Le gustan a usted los trajes, los sombreros, los zapatos, las joyas y los perfumes costosos? Estos gustos pueden no ser malos, yo no digo que lo sean; pero, toda cortesana los tiene.

Un alma grande no podría absolutamente vivir en un palacio de mármol, y tener más cocineros, despenseros, **chauffeurs** y doncellas que dedos de las manos y de los pies. Un número mayor la sofocaría.

Cuanta más verdadera cultura adquiere una mujer, menos le gustan las plumas. Aborrece todo sombrero o vestido que llame la atención.

El lenguaje de la persona superior es sencillo. También lo son sus hábitos, su alimentación, sus diversiones.

Si usted es dado a las corbatas llamativas, al uso de palabras raras y a las maneras afectadas, a comidas costosas y a lujos de todas clases, no está usted solo; todas las sirvientas y mozos del establo en el mundo participan de sus gustos, aunque tal vez no de su habilidad para satisfacerlos, y usted es vulgar.

Sócrates, Budha y Jesús son, según opinión común de la humanidad, superiores. No todos nosotros podemos alcanzar su grandeza de alma; pero podemos gustar de lo que ellos gustaron, de la sencillez de vida, de pensamiento y deseo. Y si no, perteneceremos al **ignobile vulgus**.

GUSTO DE SERVIR

III.—A las personas superiores les gusta servir. El vulgo gusta de ser servido. La dama que debe llamar a la doncella para que cruce la habitación y le traiga su abrigo; el caballero cuya alma se ensancha cuando el sirviente le entrega su sombrero y su bastón, no son raros; sus gustos son los de las masas, son gustos ordinarios.

Aun al rústico más común le gusta que le laven los pies; el Hijo de Dios lavó los pies a los discípulos.

Ese instinto de servicio, esta alegría innata de hacer algo en beneficio de otros, es el corazón mismo de la cortesía, de lo que llamamos buena educación. Aparece de manifiesto en las pequeñas atenciones, tales como ceder el asiento a una señora en el tranvía, levantar y consolar al niño que ha tropezado, escuchar cortésmente al que nos habla, y en todo el aire de deferencia y de respeto que distingue al caballero.



LOS PLACERES

IV.—La persona superior está por encima de sus placeres. Tiene placeres como los tiene todo el mundo. Gusta de comer, y distingue entre un bistec bien cocinado y otro que no lo está; gusta de beber, aprecia el sabor de la buena leche y del excelente café; gusta de jugar a la raqueta, de pasear en automóvil, y del teatro, y de la música, y del arte. Pero lo importante está en que por intenso que sea su placer en cualquiera de estas diversiones, ninguna de ellas es más grande que él mismo.

El hace uso de ellas, no se deja conducir por ellas de la nariz. Si el amor al dinero, la pasión del amor, el incentivo del juego o el placer de cualquier clase de diversión lo arrebatan a usted, y lo dominan, en vez de ser usted quien dirige, pertenece usted a las masas, es usted vulgar.

¿Puede usted, mediante un fuerte deseo, sacrificar una querida ambición, negarse a sí mismo posición, fama, dinero, amor, aun la vida misma, en aras de un noble principio? Si puede usted hacer esto es usted una persona superior. Pertenece usted a la nobleza.



LA ALEGRÍA

V.—Las personas superiores no son nunca pesimistas: si usted cree que es usted un fracasado, que el mundo va derecho a su perdición, que todos los hombres son embusteros, y que no hay mujeres buenas, todo esto es enteramente humano, esa es la tendencia, la inclinación general de la mente vulgar y ordinaria.

El pesimismo es la filosofía del vulgo. Equivale a vestir con bellas frases la cobardía del espíritu.

Maeterlinck dice que para el héroe no hay tragedia. No importa cómo el mundo y los sucesos conspiran contra él; él surge por encima de ellos. Los amigos pueden traicionar, las autoridades tiranizar, y los malos triunfar, pero nada de esto puede afectarlo.

Consideremos, por ejemplo, la muerte de Sócrates. Si leemos la historia de cómo fué envenenado, de su conversación con sus amigos en los últimos momentos, y nos penetramos del espíritu del antiguo héroe, nos sorprenderá ver cómo no nos inspira compasión; más bien lo envidiamos; y compadecemos a los malvados que le causaron la muerte.

Tampoco compadecemos a Jesús en el Calvario. Su sacrificio nos causa admiración y asombro. Cuanto más es objeto de la ferocidad, la ingratitud y la injusticia de los hombres, más intensamente brilla la flama de su espíritu imperial. No lo miramos con compasión: lo admiramos y lo adoramos.

Tampoco compadecemos a nuestros infantes de marina que murieron en el Bosque de Belleau. En lo íntimo de nuestros corazones deseamos haber estado allí; o haber sido lo suficientemente grandes para desearlo.

¿Se desespera usted y se queja en sus vicisitudes? ¿Se compadece de sí mismo y deseara que nunca hubiera nacido? Tales sentimientos son tan comunes como el polvo en el camino, las cizañas en los matorrales y las latas vacías en los basureros. Si usted los abriga, es usted vulgar, y debe empezar un curso de disciplina.

Pero, si cuando todo se combina para anonadarlo y humillararlo, cuando el fracaso lo mira de reojo, y la traición lo denigra, sonrío usted y dice:

“Ante las crueles garras de la suerte jamás he retrocedido ni llorado; tras los golpes del destino mi faz está sangrienta, pero erguida.”

Entonces regocíjese, amigo mío: usted pertenece a los elegidos. Usted ocupa un asiento en la verdadera Casa de los Lores de la humanidad.



LA LIMPIEZA

VI.—La persona superior es limpia. Puede estar sucia, pero no le gusta el desaseo. Puede verse obligada a ensuciar las manos en la mina y a manchar sus trajes en la máquina, pero aprovecha la primera oportunidad para limpiarse.

Ama la limpieza del espíritu tanto como la del cuerpo; la mugre no se le pega. No recuerda las calumnias. Evita la mentira, el engaño y la blasfemia.

Limpia su espíritu de la mezquindad, del orgullo, de la vileza y de la crueldad, lo mismo que se lava las manos después de manejar la basura.

Sus pensamientos son puros y optimistas. Sus pasiones mesuradas y honestas. Sus palabras edifican y su compañía refresca como las aguas de tranquila fuente.

No solamente es limpio: hace que uno se sienta limpio en su compañía.



LA OSTENTACION

VII.—El verdadero aristócrata no gusta de la ostentación. No desea que nadie lo crea más inteligente, mejor o más capaz de lo que realmente es.

¿Le gusta a usted hacer buena impresión, ser adulado, tener gente que le diga que es usted más ingenioso y hábil de lo que realmente es? Si así es, hay muchas personas de su mismo gusto, pues ése es el gusto de la multitud que camina por la senda amplia. Yo no digo que usted sea malo, pero es usted vulgar.

El hombre superior no desea tal cosa. Le apena el ser elogiado en demasía. La adulación no lo complace: lo humilla.

Él oculta íntimamente sus virtudes, lo mismo que su desnudez. Si se le descubre en oración, se sonroja. La elección a un alto puesto, la recibe serenamente. La adquisición de riquezas viene siempre acompañada para él de la sensación de responsabilidad. Si alcanza fama como artista, como soldado, como ingeniero, como escritor, le es difícil creer que no se deba en gran parte a la suerte. Rehuye el elogio y resiste la crítica.



LA BENEVOLENCIA

VIII.—El hombre superior es benévolo: la benevolencia no es el atributo de la debilidad, sino de la fuerza. Es el nene quien grita; es la conciencia de la debilidad la que amenaza; es el hombre de vocabulario defectuoso el que blasfema. Siempre, y en todas partes, la rudeza, la brutalidad, el tono dominante, el abuso y la violencia son la máscara de cierta impotencia.

Todo ruido es desperdicio. El sol silencioso es más fuerte que el torbellino. Los ruidosos telares son tan débiles que la devanadera puede pararse con el dedo; pero en el sótano de la fábrica, la enorme máquina, que mueve su brazo quedamente como un gato, aplastaría como cáscara de huevo a quien se atreviera a estorbarla.

Es muy significativo el siguiente pasaje de la Biblia en que Dios Omnipotente se revela a Elías en la cueva de la montaña. Dice así:

“Y he aquí que un fuerte y grande viento desgarró las montañas e hizo pedazos las rocas ante el Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Y después del viento, el terremoto: pero el Señor no estaba en el terremoto. Y después del terremoto un incendio; pero el Señor no estaba en el incendio. Y después del incendio, **una débil voz**”.

La verdadera dama habla en voz baja. El verdadero caballero nunca fanfarronea.

El rasgo característico más saliente, tal vez, de los superiores, es su sosiego, su ecuanimidad. Tienen todos cierto aire de estrellas.

LA HUMILDAD

IX.—Los superiores son humildes: mucho puede decirse en elogio del orgullo. No niego que tiene sus usos. Pero sí diré una cosa acerca de él: es vulgar. El noventa y nueve por ciento lo tiene.

El Kaiser balandrón lo tenía, lo mismo que la mayoría de los potentados. El idiota del hospicio lo tiene. El ignorante y el patán lo tienen. Todo hombre que se embriaga lo tiene en grado enorme.

Cuantos menos motivos haya para enorgullecerse, más orgullo se tiene. Generalmente, no son aquellos que realizan grandes obras los que se llenan de orgullo, sino los seres mezquinos que, por accidente, reciben alguna gracia.

En un pequeño cementerio de Ecclefechan yace la tumba de Thomas Carlyle, un gran hombre de letras, y sobre la lápida está escrita esta sola palabra: “Humilitate”. Bajo esta nueva protesta de humildad yacen los restos mortales de una de las más grandes almas de la tierra.

La humildad es dócil y aprende de todo el que pasa. El orgullo no aprende nada; su propia imagen se lo impide. El orgullo es un mendigo que pide su limosna de elogio a la puerta de todo hombre. La humildad es de estirpe real; camina libre de temor y de favores.

Así, pues, si tiene usted verdadera humildad de corazón, cuenta usted por lo menos, con algunos de los elementos de la superioridad.

LA INTIMIDAD Y EL HOMBRE SUPERIOR

X.—La compañía del hombre superior nunca cansa, sea cual fuere el grado de intimidad. Cuente usted sus amigos y conocidos. ¿Cuál es la proporción de los que pueden pasar con buen éxito por la prueba de la intimidad? ¿Con cuántos de ellos desearía usted hacer un viaje a Europa?

Usted se cansa de la mayor parte de la gente. A medida que aumenta la intimidad, la mezquindad de sus amigos aparece. Pero hay unos cuantos, posiblemente pueden contarse con los dedos de la mano, de quienes su opinión es cada vez mejor, a medida que estrecha sus relaciones con ellos. Estos son los superiores o al menos, tienen uno de los rasgos característicos de la superioridad.

Lo mismo sucede con las obras maestras. Un maestro difiere de los artistas comunes en que sus obras son cada vez más apreciadas. Puede oírse la Novena Sinfonía de Beethoven mil veces, y en la última vez gusta más que en las anteriores. Pero de las piezas de música vulgar, como "Good Morning Mr. Zip Zip Zip", se cansa uno a la media docena de veces. La pintura llamativa de un programa de teatro se ve una o dos veces, y basta, mientras que a diario pueden encontrarse nuevas bellezas en las pinturas de Abbey, en la biblioteca de Boston. El Partenón o la Catedral de Colonia adquieren más fascinación con el transcurso de los siglos, mientras que la casa churrigueresca del rico advenedizo en la Quinta Avenida degenera rápidamente, hasta llegar a ofender la vista.

El elemento central de la superioridad, sea en el hombre o en sus obras, es la calidad de duración.

¿Dura usted en agradable compañía? ¿Se le soporta?